

la vida del Santo; relaciones frías y heladas, sin interés, sin sustancia, sin alma y sin vida.

Pero hay autores que ni saben ni quieren ceder á nadie la palabra, sin exceptuar al mismo Santo que describen, y queriendo dar á su narración la preferencia sobre todos los textos y sobre todas las citas, consiguen ocultar al Santo de tal modo, que no se le ve, oye ni entiende, sino siempre y solamente al escritor. Me atrevo á decir que esto es muy perjudicial para esta clase de libros, porque las palabras de los Santos son como diamantes y piedras preciosas colocadas en el rico tisú de la relación, y cuanto pueda decir y sacar de su imaginación el escritor más elocuente, no será comparable con ellas. Es preciso, sin embargo, no derramar estas piedras, colocándolas sin cuidado ni elección, poniéndolas sin orden y como á la casualidad, sino engastarlas preciosamente, y ponerlas su marco, que es lo que las hace aparecer con todo su brillo y valor.

Mas los detalles que pido han de ser verdaderos, no inexactos ni arbitrarios, ó inventados, como sucede en las novelas, en donde abundan, porque salen de la imaginación del novelista; y por cierto que en esta época vemos una cosa bien extraña y ridícula: bajo el especioso pretexto de que es menester hacer que las vidas de los Santos agraden á las gentes del mundo, algunas personas han creído que deberían escribirse en el estilo y forma de las novelas dramáticas, y con largos diálogos; y con efecto, de este modo se han escrito algunas vidas de Santos, y entre ellas la de nuestra Santa Juana Francisca.

Este método expone continuamente al escritor á atribuir al Santo sentimientos que nunca tuvo, palabras que no dijo jamás y, en fin, á sustituirse sin cesar á él; lo cual, digámoslo sin rebozo, es de todo punto detestable, y sería, si prevaleciese, verdadero azote de esta clase de literatura.

Ciertamente es menester que las personas del siglo encuentren atractivo en la vida de los Santos, pero para lograrlo es muy mal medio el de alterarlas y desfigurarlas. Yo creo que, para conseguir este objeto, sería mejor presentarlas con el encanto verdadero que les conviene. Ensáyese este medio y se verá que el atractivo real de esas bellas almas no es más que la verdad en toda su pureza y sencillez.

Se necesitan también hechos, fechas y una exacta cronología; porque no es indiferente saber qué edad tenía el Santo cuando practicó aquella virtud y cumplió tal acto de sacrificio y abnegación. La historia de un Santo, como cualquiera otra, carece de luz y deja siempre un vacío desagradable cuando no tiene cronología. De este defecto adolece la vida de San Francisco de Asís, escrita por M. Chavin de Malan, libro por lo demás, muy digno de aprecio.

Fenelón es admirable hablando sobre esto: « Sería menester — dice — pintar al Santo al natural; mostrar cuál ha sido en todas las edades, en todas las ocasiones y situaciones y en las principales circunstancias y ocurrencias de su vida. » Y persiguiendo después con ardiente crítica á los panegiristas poco inteligentes, que creen elogiar mejor al Santo con sus discursos que con la relación de su vida y hechos, añade: « Se le daría á conocer mucho mejor contando sus mismas acciones y palabras, que son pensamientos y dibujos de cabeza é imaginación. » Y añade con su delicado y exquisito tacto: « Describiendo el curso de la vida, es menester detenerse principalmente en los lugares en que el carácter y la gracia se manifiestan mejor; pero es preciso hacerlo de modo que se deje algo á la observación del oyente. El mejor modo de alabar al Santo es contar sus laudables acciones; esto es lo que da cuerpo y fuerza á un elogio; lo que instruye y penetra. »

Hay un sentido muy delicado en estas palabras de

Fenelón: «Es menester dejar algo á la observación del oyente;» y nosotros lo aplicaremos mejor al lector. Los defectos en que incurren casi inevitablemente esos fogosos panegiristas, que no saben más que alabar á todo trance, consisten en que faltan á la dignidad y veracidad, y en que desfiguran completamente la imagen del Santo, queriendo adornarla. Esto es lo que ha sucedido con Santa Teresa. Esta doctora, que tiene una sencillez incomparable, ha sido adornada por uno de sus historiadores con una afectación tan ridícula, con un aire de pretensión, con un estilo tan buscado y estirado, tan poco circunspecto y tranquilo, con un modo de hablar tan ligero, y casi diré tan inmodesto y desatento, lleno de exclamaciones vehementes y, en fin, con tan falsos adornos por el afán de causar efecto, que no se conoce á esta Santa admirable, como sucede con el deplorable cuadro pintado por Gerard, que no ha sabido dar á esta noble y santa figura sino una expresión extravagante y mundana.

Del mismo modo otros mil pintores, tan faltos de gusto como de buen sentido cristiano, no comprenden el grave inconveniente que hay en pintar á la Santísima Virgen con aire elegante y lleno de pretensiones.

Pero escuchemos otra vez á Fenelón, que dice así :

«La historia pierde mucho cuando se la quiere adornar. Nada más digno de Cicerón que el siguiente juicio de los Comentarios de César : *Commentarios quosdam scripsit rerum suarum valde quidem probandos. Nudi enim sunt, recti et venusti, omni ornatu orationes, tanquam veste detracta. Sed dum voluit alios habere, parata, unde sumerent qui vellent scribere historiam, INEPTIS gratum fortasse fecit, qui volunt illa calamistris inurere, sanos quidem homines á scribendo deterruit.* Un espíritu ligero y superficial desprecia la historia desnuda; quiere vestirla, adornarla con bordaduras y rizos. Esto es un error *ineptis*. El hombre juicioso y de gusto delica-

do cree que nada es más hermoso que esta desnudez tan noble y majestuosa.»

Y ¿quién no conoce cuánto mejor pueden aplicarse estas palabras á la vida de los Santos que á la historia profana? ¡Cuán fuera de lugar están en estas vidas los vanos adornos y las pretensiones! ¡Qué bien parece la sencillez, la verdad, la gravedad noble y majestuosa, que tan justamente reclaman las historias de los Santos! ¡Y qué desagradable es esperar ver á un Santo y encontrarse con un escritor que se esfuerza en rebuscar frases con que acicalar y peinar, digámoslo así, á estas grandes figuras!

En cuanto á mí, lo confieso, me es sumamente desagradable verme engañado así. Lo que busco y debe buscarse apasionadamente en la vida de un Santo, es al mismo Santo, tal cual Dios le formó, su alma, su corazón, la unción de sus virtudes, el buen olor de Jesucristo que exhala y la belleza de sus obras y acciones. Si veo que un escritor se ocupa de otra cosa que del Santo y de la santidad; que no tiene ni la inteligencia ni el amor que necesita para describir sus virtudes; si me hace volver la atención constantemente hacia él mismo, á sus admiraciones ficticias, á su pretendido mérito en escribir, á la gracia de su estilo, y se mantiene perpetuamente en la frialdad y pequeñez de la declamación ó de un escrito acompasado, lleno de vanidad por acumular frases más ó menos bien traídas, confieso que me conmuevo é irrita, que desprecio tal arte, y que, cualquiera que sea, será siempre infinitamente pequeño y miserable, comparado con el verdadero y grande arte, esto es, con la sencillez, unción, encanto y elocuencia de un buen hagiógrafo.

Aun haré una pequeña observación respecto del estilo, que creo es de alguna importancia. No se suele pensar en lo fácil que es caer en un tono declamatorio sin conocerlo. Una frase en lugar de otra, tomar un

tiempo por otro como, por ejemplo, el presente en lugar del perfecto ó imperfecto, hace que el autor declame más bien que cuente. No digo, sin embargo, que no se emplee el presente, aun en una narración de lo pasado para hacer la relación más pronta y graciosa; pero el emplearle continuamente, como lo he visto en una vida que por otra parte tenía un mérito real, basta para convertir un libro en cansada y molesta declamación.

« El arte—ha dicho Fenelón—se desacredita algunas veces á sí mismo por manifestarse demasiado;» y esto es todavía mucho más exacto en la vida de los Santos que en otra cualquiera obra. Pero no por esto se ha de pensar que no cabe arte en la hagiografía, pues ésta, independientemente de las condiciones peculiares suyas, tiene también las propias de todo historiador, que consisten en la elección y disposición de los materiales, en lo discreto de la relación, en la armonía y buen arreglo de las partes y del todo, en la gracia para expresar, preparar y presentar los hechos, realzando los detalles y engastando, digámoslo así, estas condiciones como otras tantas perlas y joyas preciosas en la trama de una relación bien hecha. Si, por el contrario, no se ha sabido hacer más que amontonar materiales, enfilando hechos unos tras de otros, no se ha escrito una historia, sino un bosquejo amontonado: *rudis indigestaque moles*.

Tal vez penséis en este momento, querido amigo, que me he alejado mucho de la santa Baronesa de Chantal; pero os aseguro que no la he perdido de vista un solo instante. Las cualidades que pido y los defectos que señalo, me recuerdan constantemente vuestra obra, teniendo el mayor gusto en deciros que poseéis las primeras y evitasteis los segundos. Después de haber estudiado profundamente esta grande alma, la habéis retratado, no en un corto diseño, sino en una grande y bella historia, en un cuadro completo en que

esta fecunda y rica vida se despliega toda entera. Nada hay en ella abreviado ni compendiado y, sin embargo, nada está recargado; todo tiene su conveniente desarrollo, armonioso y enérgico en sus detalles; cada hecho viene con el cortejo de las circunstancias que le preparan, explican y aclaran; la cronología siempre indicada, colocadas las cosas en su lugar con un orden natural y admirable, detalles abundantes sin superfluidades; en una palabra, relación sencilla, pura y corta, de suerte que no sé por qué felicitaros más, si por la severidad y sobriedad de vuestro gusto, ó por lo concluído y bien ahondado, como dicen los arqueólogos, de vuestra obra.

Nada os diré de vuestro estilo. Cuando un escritor se coloca en el punto de vista en que vos lo habéis hecho, y se penetra de una grande idea, habría de tener el gusto pervertido para no escribir bien. No habéis rebuscado frases. ¿Para qué las queríais? Habéis escrito con vuestra alma, sin observaciones inútiles, sin necias retóricas, sencilla, sobria y amorosamente. De este modo habéis logrado formar el precioso tejido que era necesario para las piedras preciosas, extraídas por vos de las obras de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca, y que tanto brillan en vuestro libro con dulce y vivo resplandor. Por último, os diré, para concluir, lo que á mi ver es la condición fundamental de la hagiografía y la primera cualidad del hagiógrafo, y es lo siguiente: si habéis formado una historia completa de esta gran Santa, es porque en vuestro estudio sobre esta alma privilegiada no sólo la habéis fondeado, sino que lo habéis hecho movido, digámoslo así, é inspirado, y este es el verdadero modo de evitar que sea vana y fría la relación de una historia; en una palabra, habéis estudiado y escrito *con amore*, como dicen los italianos. Y esto es lo que generalmente falta á las vidas de los Santos, y por lo que valen tan poco;

están escritas *sin amor*. Y es cosa bien sabida que el pintor, el historiador por excelencia, es el amor. Para pintar, para contar, es menester no haber visto sólo con los ojos, sino con el corazón.

De los que no tienen este misterioso sentido, puede decirse: *tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen*.

La figura del Santo pasa á su vista en las antiguas crónicas, en los empolvados *in folio*; pero no la cojen á su paso, no la resucitan viva y verdadera á la mirada del alma, porque están desprovistos de esta segunda vista del corazón que nada puede suplir, y cuyo secreto conoce sólo el amor, el entusiasmado amor.

Y así como no ven, en realidad, por esa misteriosa adivinación del amor, al Santo cuya historia quieren narrar, del mismo modo les falta inspiración para retratarle. De aquí se sigue una frialdad inevitable. Si ellos no arden, ¿qué fuego podrán encender en sus lectores con sus frías narraciones? Ni aman, ni saben hacer amar; se leen sus obras sin sentirse conmovido ni apasionado. ¿Y por qué? Digamos la verdad, aunque sea algo dura: porque muy á menudo sucede que los escritores, más que del Santo y de sus virtudes, están enamorados de sí mismos y de su estilo. No quieren quedarse olvidados y lo hacen conocer en cada página. En una palabra, componen un libro, le llenan de frases, se miran y remiran en él como en un espejo, y mientras tanto va desapareciendo el Santo, se desvanace, y sólo queda un vano literato, en el que, como es consiguiente, no se ve ya la actitud, el acento, el continente del Santo, que desapareció junto con la luz, la llama, el color, el perfume y los rasgos sencillos que le caracterizaban.

Hay autores que dicen: voy á componer una vida hermosa de tal Santo, y es el modo de echarlo á perder; porque todo se pierde mirando este trabajo como una obra puramente literaria. No, no; para escribirla como

se debe, es preciso haberse sentido inspirado; es menester que haya habido un día en que el Santo se haya apoderado del alma, haciéndola sentir el irresistible atractivo de sus virtudes y la necesidad de hacer participar á los demás de vuestro amor y admiración.

Así es como ha escrito Montalembert la vida de Santa Isabel, y así ha sabido reproducir perfectamente la dulce y pura imagen de esta graciosa Santa, y millares de lectores han bendecido á Dios por tan precioso libro.

Pero al decir que es preciso escribir con amor la vida de los Santos, me apresuro, pues que aquí se presenta la ocasión, á manifestar que este amor no debe ser un amor arqueológico; más claro, que no debe amarse al Santo como se ama la arqueología, y que si bien es menester dar á su vida el tinte, el colorido propio de su época, es preciso no tomarla como materia de estudio para el anticuario y erudito, y con preocupaciones de vano aficionado, pararse en lo exterior y superficial del asunto, sin penetrar hasta el fondo, punto de vista falso que coloca la santidad donde no está, sustituyéndola una pretendida estética, por no comprender que la belleza real de todas las cosas es la completa verdad. Esto es hacer perder de vista al Santo; es decir, su alma, su santidad, su vida íntima, por gustar demasiado de la poesía del asunto.

La hagiografía alemana adolece mucho de este defecto, así como varios escritores franceses que, puerilmente entusiastas de la Edad Media la ven toda enterá en las catedrales góticas ó en las *leyendas de oro*, en lugar de mirarla en su fondo, en su espíritu y en sus verdaderas costumbres. Se cree haber hecho maravillas cuando se ha descrito, no el hombre ni su alma, sino la forma del vestido, y cuando se han engastado en un estilo poco antiguo algunas viejas y disparatadas locuciones. Estilo poco profundo, vanísima tinta local, y, por otra parte, ausencia total de verdad y sentimien-

to; ningún conocimiento de la virtud cristiana y de la santidad, ningún amor al Santo; he aquí lo que encierran tales libros (1).

Escribir con amor es escribir con piedad; es decir, con el corazón lleno de amor de Dios y del prójimo; con el conocimiento de las cosas de Dios y el respeto de un corazón cristiano, que venera los misterios de la vida sobrenatural. En efecto; la vida de un Santo no es una biografía ordinaria, es una serie de acontecimientos de un orden superior. La parte más íntima y fecunda, el grande encanto y supremo interés que inspiran estas vidas, se debe á esas relaciones con Dios, á esa conversación con el cielo, á esas operaciones tan delicadas de la gracia, á ese exquisito perfume de las virtudes evangélicas, á ese buen olor, en fin, de Jesucristo, que todas esas cosas exhalan deliciosamente. Es evidente que el que no conoce ni tiene idea de estas cosas no se colocará nunca en su verdadero punto de vista, ni tendrá esa inspiración revelada, digámoslo así, de la vida que quiere escribir. En realidad, el perfecto historiador de un Santo, debería ser otro Santo; pero ya que esto no se verifique, es preciso al menos que el historiador tenga conocimiento de la santidad, y escriba con verdadera piedad.

(1) Fenelón ha expuesto sobre esto los verdaderos principios con su juicio y precisión acostumbrados.

« El buen historiador — dice — no omite ningún hecho que pueda servir para pintar á los hombres grandes y descubrir las causas de los acontecimientos, pero deja á un lado toda disertación que sólo tenga por objeto manifestar la erudición del sabio. El hombre que gusta de ser tenido por más sabio que historiador, y que tiene más crítica que verdadero genio, no economiza á su lector ninguna fecha, ninguna circunstancia, aunque sea superflua, ningún hecho, por más que sea estéril y seco; sigue su gusto, y no consulta el del público, creyendo que todo el mundo es tan curioso como él, y gusta de esas minuciosidades que él busca con afán. Por el contrario, un historiador discreto, sobrio y juicioso no entretiene á sus lectores con hechos que no sirven para enterarle de nada importante y útil. »

En una palabra, sin saber lo que es la vida santa, no se puede escribir la vida de un Santo, y generalmente hablando, la vida santa no se conoce sino á proporción que se aman, veneran y admiran las virtudes de los Santos.

Uno de los grandes atractivos que tiene vuestra VIDA DE SANTA JUANA FRANCISCA, es que, al leerla, aspira uno la atmósfera de la santidad, y se encuentra, digámoslo así, nadando en las aguas purísimas del Cristianismo. No es esto decir que nos transportéis fuera de este mundo y de las luchas y tentaciones de la vida humana, como lo hacen muy á menudo los hagiógrafos, que adolecen de la manía de representarnos á los Santos tan despojados de todo lo humano, que es preciso preguntar si verdaderamente sus héroes son hombres, hijos de Adán, seres, en una palabra, de carne y hueso como nosotros. No; creedme, el gran interés que inspira vuestro libro le debe á su verdad, que nos demuestra con sencillez que lo sobrenatural de la vida de la Santa Baronesa de Chantal no absorbe lo natural y legítimo. Se ve alternativamente á la mujer, á la hija, á la esposa, á la madre y á la viuda luchando entre la naturaleza y la gracia, y haciendo siempre nuevos y grandes progresos en todas las virtudes.

No he agotado, os lo confieso, cuanto se podría decir sobre este importantísimo asunto; pero queriendo y debiendo acabar resumiendo todas las condiciones generales especiales que exigen los libros de que hablamos, diré que á la hagiografía, como á la historia, pueden aplicarse estas palabras del Sr. Villemain: « Si se consideran una por una las cualidades de toda clase, así de entendimiento como de estilo, que exigen estos escritos, sobra motivo para espantarse. » Pero si es una difícilísima tarea, también es grande y hermosa empresa la de trabajar larga y animosamente para conocer á fondo el alma y la vida de un Santo, y describir esta alma y esta

vida en una grande historia con toda su verdad, atractivo y belleza, desenvolviendo todos sus detalles con un orden claro y luminoso, en una narración rápida, tierna y afectuosa, científica sin duda, pero más piadosa y llena de unción que de ciencia, sin sustituir nunca la erudición al amor; con arte y con los adornos del estilo, pero no perdiendo en ningún caso (y este es el verdadero arte, el perfecto estilo) la sencillez, la gravedad y la verdad. Os felicito, pues, amigo mío, por haberlo procurado así en la vida que habéis escrito, y aún más por haberlo conseguido.

¡Oh, quién nos dará verdaderos historiadores de nuestros Santos! ¡Cuánto he deseado ver establecida entre nosotros una grande escuela de hagiografía, una asociación de escritores católicos, religiosos ó seculares, que se dedicasen á escribir como se debe las vidas de los Santos, haciendo conocer y amar verdaderamente á estas grandes almas, resplandecientes de santidad! Creo que esta escuela se comienza á formar; los caminos están abiertos, el método se conoce, y los defectos, así como las buenas cualidades de nuestros antepasados, son los guías que nos enseñarán todas las sendas seguras y buenas. Ya han visto la luz pública algunas excelentes vidas de Santos, y á pesar de una verdadera penuria en este género, no estamos, sin embargo, desprovistos enteramente de estas preciosas obras. El siglo XVII poseía ya importantes trabajos hagiográficos, aunque las vidas que nos han dejado los escritores de aquella época estén muy lejos de carecer de faltas. Tillemont es un modelo de ciencia vasta, detallada, escrupulosa, minuciosa, pero seca y árida. Mr. Hermant tuvo el excelente pensamiento de escribir las grandes vidas de San Crisóstomo, de San Ambrosio y de la mayor parte de los grandes Doctores de la Iglesia; pero es frío, difuso, flojo, y se ahoga en un flujo de frases inútiles. Fleury, al contrario, en los primeros volúmenes de su historia ecle-

siástica, ha trazado rápidamente, y como un hombre superior, las vidas de grandes anacoretas, Doctores y Obispos. Del mismo modo en el siglo XVII, el autor anónimo de la vida de Dom Bartolomé de los Mártires, hizo una obra tan excelente que puede llamarse magistral. ¿Quién no conoce la excelente vida de San Vicente de Paúl, por Abelly, que fué discípulo suyo y Obispo de Rhodéz? El estilo es tal vez un poco antiguo, pero ¡cuán lleno está de unción, y qué profundo, firme, substancial y recogido es! En cuanto á vos, amigo mío, teniais un excelente modelo en la vida de Santa Juana Francisca, escrita por la Madre de Chaugi, pero temible al mismo tiempo por su perfección; felizmente habéis sabido coger su aire, y como la flor de su relación, enriqueciéndoos, por otra parte, con esa multitud de documentos contemporáneos que no pudo utilizar la venerable hija de Santa Juana Francisca.

En cuanto al siglo XVIII, poca cosa ofrece en estas materias; si se exceptúan las biografías del Abate Prayat, excelentes entre las medianías.

Pero en el siglo XIX se levanta la ciencia hagiográfica, y aparecen algunas bellas monografías de Santos. Las vidas de Santa Teresa y de Madama Acaria, escritas por el Abate Boucher, Cura de San Mery, son obras de superior mérito. El Cardenal de Bausset ha escrito una vida de Fenelón, que nadie se atreverá á competir con él escribiendo otra. Después, ya más cerca de nosotros, Mr. de Montalembert, ya lo he dicho, ha sabido dar á su vida de Santa Isabel de Hungría un tono encantador de sencillez, verdad y fe, que ha hecho entrar á la hagiografía en un camino nuevo y ameno. Y los dos bellísimos volúmenes que ha publicado ya sobre los monjes (1), no tienen más que un defecto: esperar aún los otros volúmenes, que el público conmigo le pide con

(1) Alude á la obra *Los Monjes de Occidente*, de Montalembert.

instancia. El P. Lacordaire le ha seguido con mérito sin igual, en su hermosa vida de Santo Domingo. Menos feliz en su vida de Santa Catalina de Sena, el Sr. Chavín de Malan, tiene un verdadero mérito en la de San Francisco de Asís. La vida de Mr. Olier, por Mr. Faillón, es una grande obra; y entre nuestras excelentes monografías, citaré también la vida de San Francisco de Sales, por el Sr. Cura de San Sulpicio, y la importante vida del Sr. de Emery, aunque, á mi parecer, está demasiado abreviada, y las citas creo debieran ser más numerosas. Podría indicar también el serio trabajo hecho en nuestro tiempo sobre San Agustín, San Crisóstomo, el Cardenal de Cheverus, el venerable Holhauser, el Cura de Ars, y otros Santos é ilustres personajes. La historia de la Trapa, por el Sr. Gaillardin, es una de nuestras buenas obras: las dos hermosas y austeras figuras del Abad de Rancé y de D. Agustín de LeStrange, están llenas de vida y verdad. Pero concluyo, porque no puedo enumerarlo todo aquí.

Vuestra historia de Santa Juana Francisca, querido amigo, está destinada á ocupar un lugar entre las mejores obras de esta clase; y si el deseo de glorificar á Dios, honrar á la Iglesia y ser útil á las almas, haciendo conocer y amar á una Santa tan grande como la fundadora de la Visitación, ha sido el fin de vuestro trabajo, podéis estar seguro de haberlo conseguido.

✠ FÉLIX, *Obispo de Orleans.*

ORLEANS, 15 de Mayo de 1863.



Prólogo de la segunda edición.

ENTRE las obras del espíritu humano, creo hay pocas que tengan más atractivo y procuren al alma tan profunda y pura alegría como la composición de la vida de un Santo.

En esta obra todo es hermoso y no se encuentran más que perlas. En cada página abundan las palabras elevadas, los sentimientos delicados, los actos sublimes. Las mismas faltas tienen su belleza, porque están llenas de lágrimas y exhalan el suave perfume del arrepentimiento y dolor.

Ninguna de las acciones de los Santos, aun las más indiferentes, deja de tener su encanto y su luz. Cuando San Francisco de Sales iba á Belley á visitar á su amigo el Ilmo. Sr. de Camús, éste tenía gusto singular en mirarle en silencio por unos agujeritos que, expresamente para ello, había hecho en la puerta de su cuarto. Le veía ir, volver, leer, escribir una carta, con tal modestia, tan sostenida severidad y tan continuada elevación y presencia de Dios, que sus ojos se llenaban de lágrimas. Tal es la impresión que se recibe estudiando la vida de los Santos, aun en sus más pequeños detalles. Verdaderamente, su lectura ó su composición es un raptó continuo.

Si de los hechos nos remontamos á los monumentos